

LA NUEVA FRONTERA MILITAR EN LA CERDAÑA. LAS DEFENSAS DE PUIGCERDÀ (1659-1683)*

The New Military Frontier in the Cerdaña. The Defenses of Puigcerdà (1659-1683)

ANTONIO ESPINO LÓPEZ**

Recibido: 06-03-2018

Aprobado: 28-06-2021

RESUMEN:

En el presente trabajo me intereso por el caso excepcional de las defensas de la plaza de Puigcerdà, que fueron entregadas demolidas en dos ocasiones por las tropas francesas, en 1659 y en 1678. Tras la Paz de los Pirineos de 1659, analizo la política hispana acerca de la necesidad de reorganizar la defensa de la nueva frontera militar catalana, en especial en la Cerdaña. Se constata cómo las dificultades económicas extremas fueron el principal problema a superar, lo que llevó a los miembros tanto del Consejo de Guerra como del Consejo de Estado, sin olvidar el parecer de los oficiales que servían en Cataluña, a buscar alternativas, la mayoría poco realistas, para evitar el enorme gasto de dinero que hubiera significado volver a edificar las defensas de Puigcerdà después de 1678. **Palabras clave:** Cataluña, Cerdaña, Puigcerdà, Frontera, Guerra, Fortificaciones, siglo XVII

ABSTRACT:

In this work, I am interested in the exceptional case of the defenses of the village of Puigcerdà, which were delivered twice demolished by the French troops, in 1659 and 1678. After the peace of the Pyrenees of 1659, I analyze the Hispanic politics about the need to reorganize the defense of the new Catalan military frontier, especially in the Cerdaña country. It is noted how extreme economic hardships were the main problem to overcome, what led the members of both the Council of the War and the Council of State, without forgetting the opinion of the officers who served in Catalonia, to look for alternatives, most unrealistic, to avoid the enormous expense of money that would have meant to return to build the defenses of Puigcerdà after 1678.

Keywords: Catalonia, Cerdaña, Puigcerdà, Frontier, Fortifications, War, XVIIth Century

Como es suficientemente conocido, el territorio de la Cerdaña resultó dividido entre las Monarquías hispánica y gala a resultas de la firma del tratado de paz de los Pirineos en 1659¹. Los franceses, antes de retirarse y devolver la

* Quisiera agradecer la ayuda recibida por parte del Ministerio de Economía y Competitividad, HAR2014-57279-P: «Conflictos religiosos y conflictos político-bélicos en tierras de frontera. El caso de la nueva frontera catalana, 1635-1789».

** Universitat Autònoma de Barcelona. Antonio.Espino@uab.cat

1. Entre la abundante producción acerca del tratado de los Pirineos y sus consecuencias, véase Alain Ayats, *Louis XIV et les Pyrénées Catalanes de 1659 à 1681. Frontière politique et frontières militaires* (Canet: Trabucaire, 2002), 94-144. Óscar Jané, *Catalunya i França al segle XVII. Identitats, contraidentitats i ideologies a l'època moderna (1640-1700)* (Catarroja-Barcelona: Afers, 2006),

plaza, se ocuparon de derrocar buena parte de las defensas de Puigcerdà. Una señal inequívoca de su importancia. En todo caso, la paz de los Pirineos significó el establecimiento de una nueva frontera que, militarmente hablando, iba a ser inestable, pues la presencia francesa en las nuevas tierras conquistadas no iba a consolidarse hasta una vez finalizada la guerra de Holanda en 1678². Así, en este trabajo me propongo analizar los planes hispánicos para reforzar Puigcerdà entre 1659 y 1683, entre la paz de los Pirineos y el comienzo de la guerra de Luxemburgo, pues todo el mundo era consciente de la importancia de aquella plaza para cerrar la frontera por la parte de la Cerdeña³. El gran problema es que la entrada a Cataluña también contaba con otra gran puerta: el Ampurdán, y la

102-241. Alicia Marcet, «La résistance catalane au landemain de l'annexion de 1659» en VV. AA., *Mouvements populaires et Conscience sociale, XVI-XIXe. Siècles* (Paris: Maloine, 1985). Josep Sanabre, *La acción de Francia en Cataluña en la pugna por la hegemonía de Europa, 1640-1659* (Barcelona: Seminario Conciliar, 1956). Josep Sanabre, *Resistència del Rosselló a incorporar-se a França* (Perpiñán: Trabucaire, 1985), 89-104. Josep Sanabre, *El tractat dels Pirineus i la mutilació de Catalunya* (Barcelona: Premsa catalana, 1989).

2. Sobre los ejércitos de Francia, cabría considerar las aportaciones de John Lynn, *Giant of the Grand Siècle. The French Army, 1610-1715* (Cambridge: CUP, 1998). G. Rowlands, *The Dynastic State and the Army under Louis XIV. Royal Service and Private Interest, 1661-1701* (Cambridge: CUP, 2002). G. Satterfield, *Princes, posts and partisans. The army of Louis XIV and Partisan Warfare in the Netherlands (1673-1678)* (Leiden: Brill, 2003). J. Ph Cénat, *Le roi stratège. Louis XIV et la direction de la guerre, 1661-1715* (Rennes: PUR, 2010).

3. No obstante, otras fronteras de la Monarquía se hallaban en situaciones de parecida dificultad que la catalana por la Cerdeña. En especial, a lo largo del territorio fronterizo con Francia, esas penalidades se aprecian en trabajos como los siguientes: Antonio Espino, *Guerra, Fisco y Fueros. La defensa de la Corona de Aragón en tiempos de Carlos II, 1665-1700* (Valencia: PUV, 2007). J. J. Martitena, “Las murallas de Pamplona. Cuatro siglos de historia de la fortificación”, en VV. AA., *Fortificaciones de Pamplona. Pasado, presente y futuro* (Pamplona: Ayuntamiento, 2011), pp. 11-17. José María Usunariz, “Soldados, sociedad y política en un reino de frontera: Navarra siglos XVI y XVII”, *Iura Vasconiae*, 4 (2007): 285-325. A. F. González, *Instituciones y sociedad guipuzcoanas en los comienzos del centralismo (1680-1730)* (Zarautz: Diputación provincial, 1995). Pero otras fronteras, incluso en Indias, no se hallaban en mejor situación defensiva. Sin ánimo de ser exhaustivos, véanse: A. Carmona, *Ceuta española en el Antiguo Régimen (1640-1800)* (Ceuta: Consejería de Cultura, 1996). Rodríguez Puget, J., “Historia de Melilla a través de sus fortificaciones”, en *III Jornadas de Historia Militar. Melilla en la Historia Militar Española* (Madrid: CESEDEN, 1996), pp. 107-152. M.^a del C. Saavedra, “La defensa peninsular en tiempos de Carlos II: la experiencia gallega”, en M.^a del C. Saavedra (edit.), *La decadencia de la Monarquía Hispánica en el siglo XVII. Viejas imágenes y nuevas aportaciones* (Madrid: Biblioteca Nueva, 2016), pp. 129-146. J. Contreras Gay, “La guarnición militar de la Alhambra en el siglo XVII”, *Anuario de Historia Moderna y Contemporánea*, 7 (1980): 7-29. Antonio Jiménez Estrella, “Linajes y alcaldes en el Reino de Granada bajo las Austrias. ¿Servicio militar o fuentes de enriquecimiento y honores?”, en Antonio Jiménez y Francisco Andújar (eds.), *Los nervios de la guerra. Estudios sociales sobre el ejército de la Monarquía Hispánica (ss. XVI-XVIII): Nuevas perspectivas* (Granada: Comares, 2007) pp. 89-120. Esteban Mira, “Defensa terrestre de los reinos de Indias”, en VV. AA., *Historia Militar de España. Edad Moderna. I. Ultramar y la Marina* (Madrid: Ministerio de Defensa, 2013), pp. 143-193. D. J. Weber, *La frontera española en América del Norte* (México D.F.: FCE, 2000).

Monarquía Hispánica, en los cada vez más decadentes años del reinado de Carlos II⁴, no estaba ya en disposición de defender adecuadamente ambos distritos⁵.

Aunque pronto se estuvo de acuerdo en que Bellver de la Cerdaña debería tener una guarnición de 50 hombres y la propia Puigcerdà de 300, que subiría a medio millar, más arduo fue llegar a la conclusión de necesitarse disponer de un millón de reales efectivos para iniciar las obras de fortificación en Puigcerdà, llave de la montaña, y Figueras, llave del Ampurdán, para impedir futuras invasiones del enemigo por ambos distritos⁶. En 1663 se iniciaron las obras de reedificación de la plaza de Puigcerdà, contando el virrey Castel Rodrigo para dichos trabajos con el medio millar de soldados de la guarnición, y otros quinientos gastadores y maestros de obra que trabajaban incluso los días de fiesta, previa licencia, en las murallas. Aunque Castel Rodrigo no estaba satisfecho, pues sabía que el coste de alimentar aquel millar de personas pronto acabaría con los ingresos de la pagaduría del ejército⁷. Y así iba a ocurrir. Pocos meses más tarde ya solo trabajaban setecientos hombres y apenas si se disponía de 20.000 reales efectivos para continuar las obras, sin contar con que faltaban maestros de casas para las mismas, ya que los franceses no le dejaban contratarlos en Conflent y Rosellón⁸.

Dos años más tarde, en noviembre de 1665, el virrey Vicente Gonzaga, quien aseguraba que la guarnición ideal para Puigcerdà eran 1.200 infantes y 100 caballos en tiempos de paz y 2.500 infantes en época de guerra, ya debía enfrentarse a un problema muy grave: apenas si quedaban 212 hombres de guarnición en la capital de la Cerdaña. Y las obras se habían frenado. Tampoco otras plazas del entorno de la Cerdaña estaban en mejor disposición: en Camprodón

4. Sobre la decadencia de la Monarquía, es impagable el trabajo de I. A. A. Thompson, “El declive de España y sus relaciones internacionales: percepciones y política a finales del siglo XVII”, en Porfirio Sanz Camañes (ed.), *Tiempo de Cambios. Guerra, diplomacia y política internacional de la Monarquía Hispánica (1648-1700)* (San Sebastián de los Reyes: Actas, 2012), 119-141.

5. Sobre el ejército hispánico de Carlos II, véase Antonio Espino, “El declinar militar hispánico durante el reinado de Carlos II”, *Studia Historica. Historia Moderna*, 20 (1999): 173-198. Antonio Espino, *Las guerras de Cataluña. El teatro de Marte, 1652-1714* (Madrid: Edaf, 2014). Miguel Ángel Echevarría, “El ejército de Flandes en la etapa final del régimen español (1659-1713)”, en Enrique García Hernán y Davide Maffi (eds.), *Guerra y Sociedad en la Monarquía Hispánica: política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*, vol. I, (Madrid: CSIC/Mapfre/ed. Laberinto, 2006). Davide Maffi, *La cittadella in armi. Esercito, società e finanza nella Lombardia di Carlo II 1660-1700: Esercito, società e finanza nella Lombardia di Carlo II 1660-1700* (Milán: F. Angeli, 2010). También, la evaluación que hace Christofer Storrs, *La resistencia de la Monarquía Hispánica, 1665-1700* (San Sebastián de los Reyes: Actas, 2013).

6. A(rchivo) G(eneral) de S(imancas), G(uerra) A(ntigua), leg. 2001, consulta sobre la junta de los virreyes Mortara y Castel Rodrigo, 25/VII/1662.

7. AGS, Estado, leg. 2679, consulta del C(onsejo) de E(stado), 12/VI/1663. A(rchivo) de la C(orona) de A(ragón), C(onsejo) de A(ragón), leg. 318, consulta del C(onsejo) de A(ragón), 18/VI/1663.

8. AGS, Estado, leg. 2680, consulta del CE, 21/VI/1663.

quedaban ocho hombres, en Castellfollit doce, en Berga dos, en Seo de Urgel ninguno⁹. Muchos soldados habían huido por falta de sus pagas y otros habían muerto o estaban enfermos por las duras condiciones de vida en la montaña, según informaba el veguer de la Cerdaña, Joan de Mir¹⁰.

El caso es que al virrey Gonzaga le arribaron en mayo de 1666, tras más de dos años de espera, 320.000 reales que empleó en mejorar las defensas de plazas como Puigcerdà, Castellfollit y Camprodón, además de Rosas. En el caso de Puigcerdà, escribía Gonzaga, era “increyble el gasto y el trabajo y aun nezesita de tiempo para acavarle, como de ordinario suzede en las fortificaciones grandes”¹¹. Pero aquel impulso monetario se difuminó en poco tiempo. En febrero de 1667, el maestre de campo Jerónimo D. Alés, gobernador de Puigcerdà, se quejaba de la situación de sus escasas tropas, unos hombres que se hallaban desnudos, enfermos, hambrientos y desmoralizados. El Consejo de Aragón, alertado por los rumores de guerra con Francia, la guerra de Devolución (1667-1668), creía que si Puigcerdà caía y los franceses la guarnicionaban con 3.000 infantes y 1.000 efectivos de caballería, no sólo no serían expulsados del territorio, sino que pondrían en peligro las restantes plazas de la zona que dependían de ella en cuanto a su seguridad, como Lérida, Vic o Seo de Urgel. Por ello era tan urgente el envío de medios de guerra, tropas y dinero, para guarnecer mejor la frontera catalana¹².

Una vez estalló la guerra en mayo de 1667, los franceses adelantaron posiciones y ocuparon Llívia, dando señales de querer prolongar su avance hasta Puigcerdà; en todo caso, sus correrías en la Cerdaña hispana, llevándose sus trigos, obligaban a una reacción por parte hispana y esta llegó. Tras el ataque francés a Llívia, el virrey, duque de Osuna, pudo enviar a la Cerdaña hasta 2.300 infantes, entre tropas regulares y gente del país, y 200 caballos, que consiguieron la retirada de las tropas francesas hacia el Conflent. En esta ocasión se había conseguido que cincuenta y cinco lugares del valle de Querol y de la Cerdaña francesa diesen la obediencia a Carlos II. A fines de octubre, el Consejo de Guerra expuso su opinión de que en cuanto cayesen algunas nieves y se cerrasen los pasos de la montaña y quedasen Puigcerdà y la Cerdaña protegidos, lo ideal sería que el virrey sacase algunas tropas de su guarnición para defender mejor el Ampurdán. Ese era el límite de la tímida ofensiva hispana¹³.

9. ACA, CA, leg. 1337, Gonzaga a Mariana de Austria, 23/XI/1665.

10. ACA, CA, leg. 320, consulta del CA, 7/V/1666.

11. AGS, Estado, leg. 2684, Gonzaga a Mariana de Austria, 26/V/1666.

12. ACA, CA, leg. 421, don Jerónimo D. Alés al vicescanciller del CA, Crespi de Valldaura, 28/II/1667. ACA, CA, leg. 321, consulta del CA, 17/III/1667.

13. ACA, CA, leg. 240, Osuna a don Diego de Sada, secretario del CA, 8-29/X/1667 y 7/XI/1667. ACA, CA, leg. 321, consulta del CA, 27/X/1667. AGS, GA, leg. 2135, consultas del C(onsejo) de G(uerra), 21-26/X/1667.

En 1668 apenas si se combatió, pero algunas alarmas comenzaron a sonar, como la posibilidad de que, en caso de finalizar sus cortinas, Puigcerdà necesitase una guarnición efectiva de 2.000 infantes y 300 caballos, cuando la población apenas si contaba con trescientas casas. En definitiva, la Monarquía debía construir cuarteles y mantener sus tropas, pues ese peso no podía recaer íntegramente sobre los hombros de los ceretanos¹⁴. En enero de 1668, don Gabriel de Llupià, gobernador de Cataluña, se vio en la obligación de escribir al vicescanciller del Consejo de Aragón para advertirle sobre la situación de las obras de las murallas de Puigcerdà, donde había que finiquitar la estrada cubierta, construir la media luna de la puerta principal y acabar una tenaza muy importante para impedir que Francia viese la empresa factible y se lanzase a por ella; Llupià, además, consideraba el terrible peligro de perder aquella plaza ante la dificultad de poder mover la artillería por la montaña para recuperarla. El Consejo de Aragón estuvo con él en dicha apreciación, y añadió que en otras plazas como Rosas, Castellfollit, Hostalric y Camprodón había mucho por hacer y faltaban medios económicos en todas partes¹⁵.

Una vez firmada la paz de Aquisgrán (1668), el hecho de que Francia retornase el Franco Condado obligaba lógicamente a la Monarquía Hispánica a hacer lo propio con la Cerdaña gala. En todo caso, los franceses tomaron buena nota del tímido, pero no por ello menos real, avance hispano en la Cerdaña adquirida en 1659 y se dispusieron a mejorar las fortificaciones de los condados del Rosellón y Conflent. En abril de 1668 llegó al Rosellón procedente del frente de Flandes el caballero de Clerville; muy pronto informó sobre la necesidad de mejorar las defensas de Vilafranca del Conflent para oponerse a cualquier avance hispano desde Puigcerdà. Poco después, sería el ingeniero Chamois el primero en sugerir la construcción de una fortificación de seis baluartes en Bolquera para servir de opósito a Puigcerdà. También se trató la posibilidad de construir un fuerte que dominase la plaza de Vilafranca, con un coste de 25.000 o 30.000 escudos franceses, y el arreglo de las fortificaciones de dicha villa (con planes de los ingenieros Saint-Hillaire en 1668 y del gran Vauban en 1669, quien defendió la necesidad de guarnicionarla con 300 hombres). En todo caso, el ministro Louvois transmitió la idea de Luis XIV de limitarse a una guerra defensiva en el Rosellón, y con una Vilafranca bien fortificada, que impidiese una fácil caída en manos hispanas en caso de ser sitiada se conformaba por el momento. Y poco más. Como señala Alain Ayats, los españoles también sabían que una acción suya contundente en el Rosellón se traducirá inmediatamente

14. AGS, GA, leg. 2191, Joan de Mir, veguer de la Cerdaña, al CG, 7/I/1668.

15. ACA, CA, leg. 423, don Gabriel de Llupià al vicescanciller del CA, 7/I/1668. ACA, CA, leg. 232, consulta del CA, 8/II/1668.

en represalias en las fronteras de Flandes. Pero la guerra de Holanda cambiaría todas aquellas percepciones¹⁶.

Entre 1668 y 1673, cuando estallase la guerra de Holanda, los virreyes, tanto el duque de Osuna como el duque de Sessa y Baena, lucharon por mantener viva la opción de terminar las fortificaciones de la Cerdeña. Como es obvio, se había demostrado en la última guerra que Puigcerdà no solo cubría la montaña hispana, sino que abría una puerta a la invasión del Conflent, situación que obligaría a los franceses a retirarse de un posible ataque del Ampurdán desde el Rosellón. Por ello, en mayo de 1669 se atendió en el Consejo de Guerra un informe bastante demoledor sobre las obras efectuadas en la capital de la Cerdeña hasta la fecha, que faltaban concluir, así como construir un fuerte que defendiese mejor el circuito de murallas de un barranco cercano donde se podría cobijar el ejército enemigo; además, se necesitaba dotar los baluartes de piezas de artillería de pequeño calibre que sirviesen para desalojar al enemigo en caso de aproximarse a la plaza en sus trincheras o resguardos. Igualmente se solicitaban dos morteros para arrojar bombas y las municiones necesarias, y de todo género, para el conjunto del armamento que necesitaba la plaza. La guarnición en servicio en aquel momento sólo era la cuarta parte de la necesaria para guardar una plaza como aquella, y “aun essa tan mal asistida que los soldados van desnudos en carnes y [h]asta los capitanes vivos van sin camisa”¹⁷.

El duque de Sessa y Baena se hizo cargo del virreinato de Cataluña entre 1670 y 1673, es decir hasta el inicio de la Guerra de Holanda. Sessa se mostró partidario de mejorar la comodidad del servicio de la guarnición de Puigcerdà para evitar desertiones y enfermedades entre las tropas. Lo cierto es que en 1670, el virrey apenas si pudo enviar medio centenar de infantes de refuerzo a la plaza y no parece que hubiese novedades al respecto hasta 1673, cuando comenzó la guerra. El caso es que para prevenir las difíciles condiciones de servicio para las tropas en una tierra de tales fríos, pues de forma muy gráfica el virrey aseguro que cuando soplabla la tramontana había que atar los centinelas a las piezas de artillería en las cortinas de Puigcerdà, sin olvidar cómo morían muchos de ellos “de la enfermedad de dolor de costado”, el duque de Sessa había dispuesto algunas camas en el hospital para los soldados enfermos y aumentado el sueldo del médico que asistía a la guarnición, que quería marcharse, pasando de 60 a 80 reales mensuales, aparte de incrementar la ración de pan de munición a las tropas, pasando de uno a dos diarios. Sessa argumentaba que los hombres se pasaban todo el día con un solo pan, de ahí que la falta de sustento estuviese en el origen de lo mucho que les afectaba el clima de montaña y el número de enfermedades de costado (pulmonías y neumonías) padecidas. Solicitaba, pues,

16. Ayats, *Louis XIV et les Pyrénées catalanes*, 166-188, 222-224, 236-238, 246-247.

17. AGS, GA, leg. 2194, consultas del CG, 13-29/V/1669.

que se diese orden a los proveedores del ejército para que se sirviesen dos panes en Puigcerdà. Al final del informe, el duque de Sessa describió Puigcerdà como una fortificación de nueve baluartes y dos hornabeques, y a causa de este circuito de defensas necesitaba de dos mil hombres. La conclusión era que Cataluña necesitaba 6.350 infantes efectivos solo para las guarniciones, y por entonces apenas si contaba con 2.160, oficiales aparte¹⁸.

Como en 1668-1669 se habían finalizado dos cuarteles, el mayor con capacidad para mil infantes y doscientos caballos, a costa de la villa, la fábrica de un tercero necesitó de una petición de ayuda a la Monarquía por valor de 22.000 reales de plata del veguer, Joan de Mir, por carecer la villa de medios suficientes. Y tanto el Consejo de Aragón como el rey estuvieron de acuerdo¹⁹. Pero lo verdaderamente trascendente es que se habían dado órdenes en 1669 de enviar 200.000 reales para las obras de Puigcerdà y dicho dinero no había llegado en la primavera de 1673. Al poco llegó algo de dinero, pero el duque de Sessa apenas si pudo destinar 55.000 reales a Puigcerdà —para poder comparar, Barcelona recibió aquellos días 50.000 reales, Rosas 25.000 reales y Palamós 75.000²⁰. Pero no deja de ser extraño que, tras sus muchos desvelos aquellas semanas previas al estallido de la guerra de Holanda, enviando Sessa todas las tropas que pudo a la Cerdaña, se descolgase en mayo-junio de 1673 razonando que aunque Puigcerdà siempre había sido calificada como plaza de gran importancia, a su juicio eran más trascendentes Palamós y Gerona: la primera porque, una vez tomada, ayudaba a la conquista de la segunda, la única que cerraba el camino hasta Barcelona, y permitía dominar todo el Ampurdán. En cambio, la capital de la Cerdaña «sólo asegura la montaña hasta Vique y es tan áspero el camino hasta esta parte que aún un caballo pasa con peligro, con que sería fácil impedirles el paso [...]»²¹. Quizá la amargura que le produjo ser apartado del cargo cuando iba a comenzar una guerra le llevó a pensar de esa manera, pues poco antes se jactaba de lo mucho trabajado en Puigcerdà durante sus años de gobierno: había acabado la media luna de la puerta de Llívia, y realizado mejoras en dos baluartes; también había adelantado mucho las obras de la tenaza del pozo de la nieve, así como en la corona que cerraba uno de los lados de la plaza. Pero si añadimos las obras efectuadas en Camprodón y Castellfollit, que servían de apoyo a Puigcerdà, además de en Cadaqués, Palamós, Gerona y Rosas, cabe concluir que el duque de Sessa fue el virrey más aplicado a los intereses defensivos del Principado desde la paz de los Pirineos de 1659²². Pero pronto

18. AGS, GA, leg. 2220, Sessa a Mariana de Austria, 15/XI/1670 y consulta del CG, 26/XI/1670.

19. ACA, CA, leg. 326, consulta del CA. 3/XI/1672.

20. AGS, GA, leg. 2286, Sessa a don Pedro Coloma, 13/V/1673; consulta del CG, 2/VI/1673.

21. AGS, GA, leg. 2286, consulta del CG, 7/VII/1673.

22. AGS, GA, leg. 2286, Sessa a Mariana de Austria, 15/VII/1673. ACA, CA, leg. 328, consulta del CA, 26/VII/1673.

iba a encontrar un crítico implacable en la persona de su sucesor, el duque de San Germán.

El 30 de agosto de 1673 se firmaba en La Haya una Triple Alianza entre las Provincias Unidas, el emperador, Leopoldo I, y la Monarquía Hispánica. La llamada hasta entonces guerra de Holanda adquiría una nueva dimensión²³. En octubre se declaraba la guerra a la Monarquía Hispánica. Los primeros rumores que circularon hablaban de un ataque galo a la Cerdaña, y seguramente por ello, cuando poco después el virrey San Germán realizó una vuelta de inspección por la frontera catalana, la primera plaza en ser visitada fue Puigcerdà, a la que calificaba como «la llave para la conservación de este Principado, y el estado en que se halla es de malísima calidad porque las fábricas que se hicieron los años pasados fue por tiempo de invierno [...]», y al levantar los muros la cal no hizo liga por el hielo que aparecía en la argamasa; por ello, las paredes eran tan débiles que a una salva de artillería le seguiría el derrumbe de parte de la construcción. Por otro lado, los dos reductos que defendían la plaza fuera de murallas «son tan pequeños que no tienen flancos de capacidad, que apenas pueden alojar una pieza de artillería y ninguna mosquetería, con que en sitiándole el enemigo a los primeros tiros con sus baterías es imposible que puedan hacer defensa»; además, al ser de tamaño tan reducido, y al estar apartados del resto de las defensas, en apenas cuatro días de sitio ya habrían caído, y aunque hubiese mucha gente de guarnición, se perderían y el contrario podría aprovecharlos una vez tomados para batir la plaza, desde donde, por sus débiles muros y sus pequeños baluartes, se podría «haçer muy poca defensa». La solución encontrada por San Germán y sus ingenieros, a saber, el superintendente de fortificaciones, marqués de Buscayolo; el teniente general de la artillería, Ambrosio Borsano; el capitán de caballos, Godofredo Noguerell, y el capitán Lorenzo Possi, fue que

los dos fortines que se han hecho, que son cuerpos separados ambos, sirvan de medios baluartes sacando en medio adelantado un baluarte entero con sus cortinas para darse la mano con los dos medios baluartes [...],

acabándose la fortificación con esta nueva planta o trazado con sus fosos, estradas cubiertas y respaldo, y «quedará una fortificación regular y se podrá defender por esta parte con todo esfuerço». Por la zona del convento de Santa Clara, aseguraba San Germán que quedaban dos baluartes sin perfeccionar, con una distancia entre ambos de 1.400 pies, y se había decidido cubrir una cortina

23. Luis XIV había desencadenado la guerra en 1672 con un ataque fulminante contra las Provincias Unidas, que tras la caída de Utrecht abrieron los diques para contener la invasión inundando el territorio. En 1673, Luis XIV atacó la zona oriental de la República, apoderándose de Maastricht. Pero para entonces, la situación internacional ya se había complicado. John Lynn, *The Wars of Louis XIV (1667-1714)* (Londres: Routledge, 1999).

tan extensa con la construcción de un tercer baluarte, pero todavía no se había empezado esta obra. Consideraba San Germán que se necesitaban para aquellos trabajos 611.000 reales. Las mejoras en plazas cercanas y de apoyo como Camprodón, con un coste de 82.500 reales, y Castellfollit, que valdría 42.560 reales, también eran contempladas. Y el coste total de las mejoras en las plazas de Cataluña era de 2.240.189 reales de plata. Así, Puigcerdà se llevaría el 36,5 por ciento del total²⁴. El ingeniero Lorenzo Possi dibujó un plano de Puigcerdà en 1675 que, con toda seguridad, sirvió como base para el plano de Ambrosio Borsano fechado entre 1673 y 1687. En el trabajo de Possi ya se advierte una fortificación de siete baluartes, un revellín cubriendo la puerta de Llívia, y un octavo baluarte por construir, el de Santa Clara, que se uniría con sus correspondientes dos cortinas a los baluartes de San Juan y de San Felipe. Además, aparecían como finalizadas una corona y un hornabeque —la anteriormente denominada tenaza del pozo de la nieve—, que estarían unidos por una línea fortificada hecha con tierra y fajina. También estaba propuesta la construcción de una torre al norte de la corona y vigilando el camino hacia Vilafranca del Conflent²⁵.

El duque de San Germán fue de los pocos virreyes del momento con iniciativa. Pero iba a tropezar, como sus predecesores, con problemas hacendísticos. Cuando el Consejo de Guerra trató su informe acerca de las mejoras en las fortificaciones de Puigcerdà, la primera recomendación que se hizo fue sugerir la fabricación de defensas de tierra y fajina de momento, hasta ver en qué quedaba el ataque de Francia, y esperar al mes de marzo de 1674 para trabajar usando cal y canto —y de paso la Real Hacienda ganaba algunos meses de plazo para reunir el dinero. Pero tras dejar reposar un tanto la información, el Consejo de Guerra realizó un comentario más detallado: describían Puigcerdà como «la vanguardia de la montaña en aquel Principado, y la más apetecida de franceses que si llegasen a poseerla pondría en gran confusión a todas las demás». Si bien se estaba de acuerdo en que la fortificación debería realizarse según los planos remitidos en aquel momento, y sin ahorrar la crítica a que se había trabajado y, por lo tanto, se había gastado mucho dinero —según mis cálculos, desde 1663 se habían invertido 1.156.401 reales—, pero no en las mejores condiciones, el problema estribaba en que la planta de la nueva obra propuesta

24. AGS, GA, leg. 2287, consultas del CG, 23/IX/1673 y 23/IX/1673; San Germán a Mariana de Austria, 21/X/1673. Cabe anotar que el intendente Carlier, informado de la visita a las plazas de la frontera de San Germán, escribía el 7 de octubre al ministro Louvois: «[...] il n'y a fait aucun changement, et je n'apprends point par mes correspondans, quy sont bons et fidels, que les Espagnolz fassen aucuns preparatifs pour une guerre de deça». Ayats, *Louis XIV et les Pyrénées catalanes*, pp. 358.

25. Carlos Sánchez Rubio, Rocío Sánchez Rubio, Isabel Testón, *El Atlas Medici de Lorenzo Possi, 1687. 'Plante d'Estremadura e di Catalogna'* (Badajoz: 4gatos, 2014), 204-205.

será más costosa que lo que suena el cálculo. Y que después de ejecutada necesita de mucha gente para su seguridad y defensa, que al respecto de ella ha de ser correspondiente el crecimiento de los gastos ordinarios, y si la asistencia de ellos faltase después de hecha la fortificación, sería haber hecho este gasto para que los enemigos la lograsen con mayores ventajas.

De modo que la resolución se puede entrever, y era la típica de un tiempo de crisis: sólo se gastaría el dinero necesario para poner la plaza en una defensa efectiva —la misma política seguida por Luis XIV en el Rosellón hasta entonces—, y para terminar lo empezado, no dando lugar a innovaciones de la planta trazada originalmente. Sólo un consejero, el marqués de Monroy, aseveró fiarse totalmente de la propuesta enviada desde el Principado, a pie de obra, por el duque de San Germán y los oficiales que lo acompañaban, y deseaba la concesión por parte de la Monarquía de la cantidad de numerario necesitada para una fortificación como Puigcerdà.

El problema, lógicamente, era la multitud de plazas que también debían ser mejoradas. Llegados aquí, el Consejo de Guerra aseguraba que no se podrían iniciar todas las mejoras a un mismo tiempo, sino comenzar las más necesarias y no se dejase de aportar el dinero preciso hasta acabarlas. Porque la cifra global propuesta por el virrey de Cataluña, 2.240.180 reales, era una cantidad inasumible. Con fecha del 18 de noviembre llegó la resolución real: se le enviarían al duque de San Germán 800.000 reales —al final solo fueron 192.000— para aplicarlos a las mejoras urgentes de las plazas más necesitadas de arreglos —y más trascendentes para la defensa de la nueva frontera. Aconsejando vivamente que no se comenzasen plazas cuyas obras no se pudiesen finalizar, en nombre del rey se le recordó a San Germán que si bien se le aprobaban sus desvelos por las plazas de Rosas, Palamós, Cadaqués, Camprodón y Castellfollit, además de Puigcerdà, la más importante de todas debía ser Gerona por cubrir mucho territorio y el camino para alcanzar la propia Barcelona²⁶. Muy en el fondo, comenzar a considerar ya la vía para arribar a la Ciudad Condal se puede entender como una política con tintes derrotistas.

Salvo en la campaña de 1674, cuando San Germán sorprendió al duque de Schomberg tomando Bellaguarda, fortificación que protegía la entrada al Rosellón desde el Ampurdán, las restantes campañas hasta 1678 tuvieron siempre la iniciativa del lado francés. Significativamente, el duque de Schomberg ya defendía en octubre-noviembre de 1674 la necesidad de ocupar Puigcerdà, plaza que consideraba la segunda más importante por detrás de Barcelona para sus planes en Cataluña, pues no solo permitía avanzar hacia el interior del Principado, sino

26. AGS, GA, leg. 2287, consulta del CG, 8/XI/1673 y respuesta real del 18/XI/1673. AGS, Estado, leg. 2697, consulta del CE, 12/XI/1673.

que también impedía el paso hacia el Conflent y el Rosellón²⁷. Tras el esfuerzo realizado en 1674, la Monarquía Hispánica, que también tenía que preocuparse por la recuperación de Mesina, no pudo mantener el ritmo de gasto en el frente catalán. En diciembre de aquel año, el virrey San Germán estaba más que desesperado ante la falta de recursos de guerra, que hacían pasar hambre y miseria a sus tropas, de ahí los índices inasumibles de desertión existentes. Justamente, en plazas como Rosas o Puigcerdà, «los soldados se huyen a bandadas sin que ellos lo puedan remediar, que la mayor parte de los oficiales están enfermos, no teniendo con qué remediar su necesidad»²⁸.

Tras recuperar Bellaguarda en 1675, el duque de Schomberg inició tanto un avance hacia el Ampurdán como, más adelantado el verano, otro en dirección a la Cerdaña, la táctica francesa que se repetiría año tras año, incluso agravada cuando efectivos de la marina gala presionasen también las costas catalanas (cosa que no ocurriría hasta 1678, cuando acabase la revuelta de Mesina). En julio de 1675 propuso por segunda vez Schomberg a Louvois el sitio de Puigcerdà, plaza que consideraba más importante que Rosas, Cadaqués o la propia Gerona²⁹. Pero con sus huestes agotadas tras una campaña iniciada en abril, y hostigadas por los *miquelets* al servicio de Carlos II, probablemente las únicas tropas efectivas del ejército de Cataluña, Schomberg comenzó a retirarse de la Cerdaña en octubre, no sin saquearla. Aquellas semanas, el virrey San Germán había concentrado en Puigcerdà cuatro mil efectivos, incluyendo trescientos caballos y mil naturales de las compañías pagadas por el Principado³⁰.

Durante las campañas de 1676 y 1677 Francia desarrolló en Cataluña lo que Alain Ayats llamó una ofensiva «tímida» en comparación con la gran ofensiva de 1678, que concluiría con la toma de Puigcerdà y la destrucción de sus defensas. Schomberg había pedido el relevo y fue sustituido por el duque de Noailles. El virrey San Germán, a su vez, fue reemplazado por el marqués de Cerralbo. Este, en febrero de 1676, halló una dura realidad: se quejaba ante Carlos II –en aquel momento, el monarca alcanzaba la mayoría de edad– por no haber apenas dos mil quinientos infantes en Cataluña,

siendo assí que para guardar á Puigcerdan y á Gerona son menester más de 4.000 en cada una de estas plazas, sin hazer quenta de las demás, que todas están expuestas a la voluntad del enemigo por desguarnezidas y mal fortificadas.

27. Ayats, *Louis XIV et les Pyrénées catalanes*, pp. 416-429.

28. AGS, Estado, leg. 2699, San Germán a Mariana de Austria, 14/XII/1674; consulta del CE, 22/XII/1674.

29. Ayats, *Louis XIV et les Pyrénées catalanes*, pp. 455-469.

30. ACA, CA, leg. 330, San Germán a Mariana de Austria, 23-29/IX/1675 y 6-13/X/1675. AGS, Estado, leg. 2701, San Germán a Mariana de Austria, 19/IX/1675. Ayats, *Louis XIV et les Pyrénées catalanes*, pp. 494-495 y 508.

A fines de abril tenía 4.650 infantes, 1.200 de ellos en Puigcerdà. No podía hacer más³¹.

Como se ha mencionado, en las campañas de 1676 y 1677, Noailles invadió primero el Ampurdán, donde sus ejércitos se abastecieron los primeros meses de la campaña, para pasar posteriormente a invadir la Cerdaña hasta el final de la misma. Su superioridad numérica se lo permitía. Por ejemplo, en agosto de 1676, el nuevo virrey de Cataluña, Alejandro Farnesio, solo disponía de 2.000 infantes y 600 caballos en campaña³². Por otro lado, y a tenor de la vulnerabilidad del Conflent, Noailles también estaba de acuerdo, como lo estuvo Schomberg, en que la prioridad era ocupar Puigcerdà para cerrar un posible camino de invasión hacia el Rosellón³³.

En 1677, la campaña terminó muy pronto tras la derrota del barranco de Espolla –que Alain Ayats llama la batalla de Orlina–, según las fuentes hispanas, la indebida, por precipitada, carga del duque de Monteleón causó la muerte de cuarenta y dos oficiales y más de cien heridos, pero no señalaron las pérdidas de soldados. Según las fuentes galas, fueron nada menos que mil ochocientos entre muertos y heridos, además de trescientos prisioneros. Del lado galo habría doscientos veinte muertos y seiscientos dos heridos³⁴. El nuevo virrey de Cataluña, conde de Monterrey, permaneció con el resto de las tropas de campaña en Olot intentando obstaculizar los movimientos franceses tanto en el Ampurdán como en la Cerdaña, donde robaron ganado³⁵.

Sin duda, la retirada francesa de Sicilia a inicios de 1678 obligaba a Luis XIV a intentar un golpe de mano en el frente donde más fácilmente podía ganar ventaja, el del Rosellón, y por ello desde bien pronto el anhelado proyecto de sitiar Puigcerdà tomó forma. El duque de Noailles se presentó ante Puigcerdà el 29 de abril con cerca de nueve mil hombres (doce mil según otras fuentes) y ocho cañones de 16 a 24 libras de bala (más tarde llegarían otros cinco cañones de menor calibre). El gobernador de Puigcerdà, Sancho de Miranda, contaba con 1.100 infantes, 200 caballos y 500 paisanos divididos en seis compañías, y treinta piezas de artillería³⁶. Para los franceses, las fortificaciones de Puigcerdà eran de mala calidad. Casi inmediatamente, Noailles ordenó abrir ramales de

31. AGS, Estado, leg. 2702, Cerralbo a Carlos II, 29/II/1676 y 21/III/1676. ACA, CA, leg. 232, Votos que se hicieron en la junta convocada por el virrey Cerralbo, 29/IV/1676.

32. ACA, CA, leg. 434, Farnesio a Carlos II, 22/VIII/1676. ACA, CA, leg. 326, consulta del CA, 31/VIII/1676.

33. Ayats, *Louis XIV et les Pyrénées catalanes*, pp. 544, 553-554.

34. BN, ms. 2415, «Relación de los oficiales vivos y reformados que quedaron muertos y heridos en el encuentro de Espolla», Figueras, 12/VII/1677. Ayats, *Louis XIV et les Pyrénées catalanes*, pp. 565-575.

35. BN, ms. 2411, Monterrey al duque de Villahermosa, Olot, 20/VIII/1677, 17/IX/1677 y 1/X/1677.

36. Ayats, *Louis XIV et les Pyrénées catalanes*, pp. 581-588.

trincheras para iniciar el acercamiento a las cortinas de la plaza y minarlas. Tras dos semanas de asedio, el 15 de mayo explotó una mina que abrió una brecha en el bastión de San Pablo. El 21 de mayo estalló una segunda mina que se llevó buena parte de la cortina del baluarte de San Pablo. Pero Noailles, con cerca de mil bajas, no se decidió por el asalto general, todavía. Aunque el duque de Monterrey tenía tropas suficientes como para intentar levantar el sitio, temía seguramente que Noailles le plantease una batalla campal si se acercaba a la Cerdaña. Por otro lado, la armada de Francia –doce navíos y una galeota– compareció ante la Ciudad Condal, que sufrió un cañoneo de dos horas, y donde quemaría un navío hispano. Fue la excusa perfecta para Monterrey, quien abandonó la montaña para ir a defender Barcelona. Aquellas circunstancias hundieron la moral en Puigcerdà. En el campo francés se afirmó que aquellos días Monterrey perdió medio millar de hombres solo en las marchas de acercamiento a la Cerdaña. Aquellos días, todavía se les disparaba desde Puigcerdà con veinte piezas, estando los franceses utilizando apenas siete, y estas mal servidas. ¿Propaganda o realidad? Puigcerdà acabó por capitular el 28 de mayo y la rendición se hacía efectiva el primero de junio³⁷.

Tras un esfuerzo de guerra enorme, que incluyó la leva de tropas, pero también haber contribuido con ocho mil acémilas para el acarreo de pertrechos y víveres para las tropas y el préstamo de Barcelona de 4.000 cuarteras de trigo para dar de comer al ejército, la decepción fue notoria³⁸. El ingeniero La Motte llegó a preparar una memoria sobre las reparaciones necesarias en la villa, pero muy poco después le llegó una contraorden terrible: debía iniciar los trabajos de demolición de la plaza, así como del transporte de la artillería y las municiones que hubiese en su interior. La Motte fue muy competente a la hora de realizar su nueva misión. Creyó oportuno excavar doce hornos para cada uno de los bastiones y las cortinas, ciento sesenta y ocho en total, además de otros cien para volar los dos revellines y los dos fortines. Y, al mismo tiempo, por si se producía un contraataque hispano, se ordenó cerrar la brecha abierta en las cortinas de la plaza, lo que parecía toda una contradicción. A finales de junio ya había practicadas ciento sesenta pequeñas minas –u hornos en la terminología hispana de la época– con dos hornillos cada una dispuestas a ser explotadas. El 3 de julio llegó la orden de sacar la artillería de la plaza, conducida hacia Vilafranca,

37. Feliu de la Penya, Narcís, *Anales de Catalunya*, tomo III (Barcelona: Piferrer, 1709), 375 y ss. Ayats, *Louis XIV et les Pyrénées catalanes*, pp. 843-853. ACA, CA, leg. 330, consulta del CA, 17/V/1678. BN, ms. 2413, conde de Monterrey al duque de Villahermosa, Vic 26/V/1678. ACA, CA, leg. 329, consultas del CA, 2-6/VI/1678. ACA, CA, leg. 435, *consellers* de Barcelona a Carlos II, 4/VI/1678. ACA, *Generalitat*, Cartas a papas y reyes, vol. 922, *diputats* a Carlos II, 28/V/1678 y 2/VI/1678.

38. ACA, CA, leg. 329, consulta del CA, 3/IX/1678. AGS, GA, leg. 2413, consulta del CG, 19/IX/1678.

y el 10 de julio el intendente señalaba que se movilizaron hasta ochocientos animales de tiro del Rosellón para su transporte y el de las municiones. Entre el 13 y el 14 de julio salieron todas las piezas artilleras existentes, veinte. Para ese último día el camino cubierto y los dos fuertes ya habían sido arrasados, y el resto de los bastiones lo fueron entre el 15 y el 20 de julio. En palabras del ingeniero La Motte: «Il n'y a jamais eu razement si complet [...] Il n'y a pas de village plus ouvert que Puigcerda, les bastions sont renversés de maniere qu'il est impossible de savoir quelle forme ils ont jamais eue». Uno de los oficiales del duque de Noailles, Montauban, aseguró que para los españoles sería más fácil construir una fortificación nueva que restaurar lo que había quedado. Para entonces, quedaba claro que Luis XIV pensaba devolver la plaza, más bien lo que quedaba de ella, en la paz que se firmase con Carlos II. Sería la paz de Nimega de 1678³⁹. Pero Montauban se equivocaba: la monarquía de Carlos II fue incapaz los siguientes años de volver a levantar una fortificación competente en Puigcerdà. En cambio, la Francia de Luis XIV consiguió edificar la ciudadela de Montllúis en apenas cuatro años, entre 1679 y 1682⁴⁰. Es la diferencia entre el apogeo y la decadencia.

UN QUINQUENIO PERDIDO, 1679-1683

En lo que respecta a la nueva frontera catalana, veinte años después de la firma de la paz de los Pirineos, para el orgullo de los franceses pero, y sobre todo, por el peligro sostenido desde 1663, al menos, de revueltas y conspiraciones entre los habitantes de los condados incorporados a la soberanía gala, el mantenimiento de la plaza de Puigcerdà siempre fue vista como un gran peligro. Sin contar con Perpiñán o la propia Gerona —Rosas era una plaza poco decisiva en la defensa del Ampurdán—, al norte de Barcelona no había una fortificación más resolutiva para los planes defensivos hispanos que Puigcerdà. El hecho de que en 1667-1668 y en 1673-1674 se hubiese ocupado la Cerdaña en manos de Francia, y la operatividad de los gobernadores de Puigcerdà pudiera poner en peligro la presencia francesa en el Conflent y el Capcir en cualquier momento, hizo que Luis XIV se decidiera por enmendar sustancialmente las capacidades defensivas de las plazas del Rosellón, con mejoras notorias en Vilafranca del Conflent, Prada, el fuerte de Els Banys, Cotlliure, Perpiñán, Bellaguarda o Port-Vendres, además del añadido de la construcción *ex-novo* de la plaza de Montllúis. También fue muy significativo que en la paz de Nimega de 1678, Puigcerdà fuese restituida, como hemos visto, pero absolutamente demolida.

39. Ayats, *Louis XIV et les Pyrénées catalanes*, 595-602.

40. Ayats, *Louis XIV et les Pyrénées catalanes*, 660-768, 838-839.

Así, los esfuerzos económicos realizados por contar con una plaza importante en el Pirineo desde 1652-1659 se vieron, literalmente, echados por tierra. Y una prueba más que evidente de la pérdida de capacidad económica —y a ese nivel también estratégica— de la Monarquía Hispánica fue su absoluta incapacidad para volver a reedificar las defensas de Puigcerdà a lo largo de una década, hasta el comienzo de la guerra de los Nueve Años, de hecho, en 1689. Es más, la plaza no se llegó a reedificar nunca en vida de Carlos II. Por contra, Luis XIV, con sus medidas arquitectónico-militares, supo crear un sistema defensivo en el Rosellón que, en palabras de Alain Ayats, «va ouvrir une porte militaire et psychologique, large, solide, durable sur la Catalogne, et, au-delà, sur le coeur même de la péninsule Ibérique»⁴¹.

La carta enviada por el nuevo gobernador de la plaza, don Juan B. Moreno, dejó bien a las claras la tragedia arquitectónica que había acontecido con las murallas de la capital de la Cerdaña, aunque intentó transmitir una imagen lo más halagüeña posible. Decía Moreno que el 24 de febrero, un día después de su entrada en la plaza, la reconoció con detenimiento y

parece ser que a cada 20 pasos bolaron un hornillo y aunque algunos pedaços han quedado en pie, la mayor parte están consentidos; el terraplén [h]a quedado casi entero; los cuarteles de la cavallería i infantería están todos descubiertos, pero las paredes enteras; de las <a>tahonas no [h]ay señal de haverlas habido, sólo los hornos han quedado buenos. Voy haciendo todas las diligencias <h>a ver si puedo cobrar alguna herramienta y [h]erraje; por noticias que tengo que [h]ay cantidad en manos de paysanos y ya boy cobrando algo. Las puertas principales están enteras y quedan en poder del collegio desta villa.

Añadía el gobernador Moreno que poco se podía hacer por entonces para levantar alguna empalizada «por estar toda la tierra hecha un mar de nieve y grandes yelos, y esto necesita gente y lo demás necessario»⁴².

Una de las primeras tareas del duque de Bournonville, el nuevo virrey, fue realizar un informe sobre la situación de las defensas de la nueva frontera catalana. Sobre el caso de Puigcerdà, consideraba, dada su situación, que necesitaba una guarnición importante, unos 2.000 infantes, y si era preciso se quitarían hombres a las de Ripoll, Seo de Urgel, Berga y Bagà. De hecho, apostaba por mejorar las fortificaciones de Gerona y de la propia Puigcerdà, «Pero previene que costará mucho de fortificar, aunque será forzoso (no pudiéndose tener a Llívia) si se quiere mantener la Zerdeña y haçer allí frontera de Barcelona», decía el Consejo de Guerra. Pero también se debería fortificar Seo de Urgel en

41. Ayats, *Louis XIV et les Pyrénées catalanes*, pp. 615

42. AGS, GA, leg. 2443, copia de carta de Juan B. Moreno, gobernador de Puigcerdà, al duque de Bournonville, 27/II/1679.

aquella parte de la frontera, «o por lo menos acavar una contraescarpa que está empezada y mejorar algunos baluartes, mayormente si quanto antes no se fortifica Puyzardà». Por otro lado, castillos como el de Camprodón o Castellfollit habría que mejorarlos, por ser su coste reducido, y no desamparar del todo los de Ripoll, Berga, Bagà y Cardona

hasta que la plaza de Puyzardà esté acavada, y aún entonzes convendría mantenerlos con alguna guarnición en forma de castillos, aunque no sea más que para limpiar la tierra de vandoleros y salteadores de caminos.

Pero la falta de numerario para tales empresas llevó a Carlos II a solicitar el 25 de marzo que se le informase del volumen de los atrasos contraídos por las localidades catalanas con respecto a los dos donativos voluntarios para fortificaciones solicitados en 1663 y 1667. Según el Consejo de Aragón, la cifra rondaba los 100.000 escudos, es decir un millón de reales de plata castellanos, «habiéndose experimentado muchas dificultades para su cobranza», y se permitió recordar otra vez la pobreza en la que se hallaban los comunes de Cataluña tras un agotador conflicto como había sido la guerra de Holanda⁴³.

Sin duda, todo el mundo se daba cuenta de la importancia de tomar alguna decisión rápida sobre la plaza de Puigcerdà. Pero no iba a ser así. En buena medida el culpable fue el informe preparado por el ingeniero, y maestre de campo, don Jerónimo Rinaldi, quien propuso una plaza *ex-novo*, prácticamente, con un coste mínimo de 1.616.000 reales (para un total de 2.280.000 reales de plata presupuestados para el arreglo de las plazas más importantes de la frontera catalana)⁴⁴.

La opinión del virrey Bournonville con respecto a la importancia de Puigcerdà no era muy distinta a la de sus predecesores: era la principal fortificación en aquella parte del Pirineo al poder «cobrir mucho pays, y defender la más fácil entrada en Aragón, y de apoderarse de todo el río Segra». La reconstrucción debería hacerse con cal y canto, y no improvisar unas fortificaciones de tapia, o de tierra y fajina, «faltando allá las faxinas y la tierra grassa y buena para estas obras, que mejor suceden en Flandes y [H]olanda, con sus fosos anchos llenos de agua». Además, aconsejaba, si se fuese a levantar Puigcerdà, poder disponer del dinero suficiente como para que las obras no se interrumpieran y, al mismo tiempo, tener la posibilidad de fundir cañones *in situ*, «pues de otra manera no se pueden llevar allá, sino es pasando por payses de França, y aún

43. AGS, GA, leg. 2442, consulta del CG, 17/II/1679. ACA, CA, leg. 331, consultas del CA, 24-29/III/1679.

44. AGS, GA, leg. 2444, Bournonville al secretario López de Zárate, 6/IV/1679, que incluye el informe del ingeniero Rinaldi.

es difícil llegar con las piezas al camino⁴⁵ que [h]an hecho los franceses, aunque lo permitiessen».

El ambiente aún se tornó más sombrío con el informe del general de la artillería, don Juan Pacheco, quien elevó a cuatro millones de reales de plata el presupuesto necesario —el anterior, recordemos, era de 2.280.000 reales— para la mejora de las defensas de la frontera del Principado. Sobre Puigcerdà, Pacheco aseguraba que la idea que se tenía era terminar de arrasarla para construir una nueva fortificación en Llivia o en un paraje cercano, pero, sobre todo, en un lugar donde la nueva construcción no exigiese tantos hombres de guarnición para su defensa, «estando en mejor sitio para ser socorrida en caso de ser sitiada [...]», y ello sin contar con que Francia estaba levantando cerca una fortificación nueva, que se conocería como Mont-Louis⁴⁶. Por último, Pacheco volvía a reiterar que las circunstancias de los caminos obligaban a fabricar a pie de obra la artillería necesaria para aquella fortificación. Pero la demora en la toma de decisiones por parte hispana contrastaba notoriamente con la celeridad gala a la hora de poner en práctica sus planes: por ejemplo, hasta septiembre no se le ocurrió al Consejo de Estado pedir un plano de la nueva fortificación que levantaba Francia⁴⁷.

Al menos, el Consejo de Guerra fue más diligente a la hora de leer el informe de Pacheco, pues pronto defendió, en el caso de Puigcerdà, que sólo se podría edificar una fortificación que pudiese ser defendida por seiscientos u ochocientos hombres, «porque siendo menester mayor número no quedará ejército para campar como la experiencia ha mostrado, respecto de que en Cataluña raras veces excede de seis mill ynfantes el que se puede formar». Y la cuestión clave: el Consejo de Guerra adelantó que no se levantaría ninguna fortificación de nueva planta por falta de fondos; la resolución tomada fue el envío regular de dinero al virrey de Cataluña para que este acudiera a las obras más urgentes. Esa era la realidad a fines de julio de 1679, por ello la carta enviada a los diputados de Cataluña por don Juan José de Austria, leída por ellos el 5 de agosto, sólo fue protocolaria, pues carecía de valor alguno:

45. La artillería podía alcanzar Ripoll, desde Barcelona, pasando por Vic por el camino de les Lloses. En la década de 1650, el virrey Mortara examinó dicha ruta, y hacia la época de la Guerra de los Nueve Años «[...] se ha reconocido nuevamente y aseguran los que han [h]echo esta diligencia ser camino fácil aderezando algunos passos que es cosa de poca costa y menos trabajo». ACA, Diversos Patrimoniales, Sentmenat, leg. 1268, sin fecha, informe titulado «Para conducir artillería desde la ciudad de Barcelona a la plaza de Puigcerdan».

46. Ayats, *Louis XIV et les Pyrénées Catalanes*, 635-640, 646-647. Sobre los trabajos de Vauban en territorio catalán, Anne Blanchard, *Vauban* (París: Fayard, 1996), 239-242.

47. AGS, GA, leg. 2444, capitán general de la artillería de España, don Juan Pacheco, a López de Zárate, 23/VII/1679. AGS, Estado, leg. 4129, consulta del CE, 30/IX/1679.

Veo lo que vuestra señoría me dice en carta de 21 del passado sobre la fortificación de Puigcerdá y la que el enemigo haze en el lugar del Vilar. Y puede vuestra señoría estar muy seguro de que el rey, mi señor, está con todo cuidado de procurar que quanto antes fuere possible se dispongan las fortificaciones de esta y las demás plazas de esse Principado, como tanto combiene⁴⁸.

A partir de aquel momento todo fueron dilaciones. A fines de enero de 1680, el virrey Bournonville escribía de nuevo para recordar la necesidad del envío de dinero con destino a las fortificaciones, y personalmente se trasladaría a Puigcerdá a dar inicio a su reedificación. Un mes más tarde, era Carlos II quien a su vez escribía a Bournonville con la orden de que pasase a Puigcerdá para empezar su reconstrucción, y el virrey, para hacer presión, señaló que lo haría sin dudar, pero cuando «se me remita algún caudal considerable para esto me pondré en camino», pues con el dinero que se le había enviado hasta entonces, 64.000 reales, «apenas bastan solo para la prebención de la cal». Claramente señalaba, como ya se ha comentado, la necesidad de que llegase una cantidad de dinero suficiente de una sola vez, para encargar materiales y trabajos a más largo plazo y poder aprovechar los meses cálidos para edificar las nuevas defensas. Es más, buscando el ahorro máximo para la Real Hacienda, Bournonville había pregonado «en encante público las obras» y esperaba encontrar algún empresario que se hiciese cargo de las mismas⁴⁹.

Carlos II en respuesta a las demandas de su virrey en el Principado apenas si concedió 128.000 reales de plata para iniciar las obras de reedificación de Puigcerdá, cuando Bournonville solicitaba como mínimo 400.000 reales. El Consejo de Guerra estuvo de acuerdo en la necesidad de no dejar pasar el tiempo, máxime cuando a todo el mundo le constaba el desvelo de los franceses en sus obras⁵⁰. Solo en 1679, y para la oportuna comparación, Luis XIV gastó 524.365 *livres tournois* en las fortificaciones del Rosellón, y en 1680 otras 606.717, según los cálculos de Alain Ayats. Pero este autor cita otra fuente por la que las cifras serían 375.719 y 980.178 *livres*, respectivamente. Montlluís, según Ayats costaría (entre 1679 y 1681) 750.000 *livres*, y según esta segunda fuente 786.434 *livres* (o 2.091.914 reales castellanos), de modo que son muy coincidentes⁵¹.

Una prueba de la “retirada” hispana de la frontera bien puede ser el constatar cómo Carlos II contestó una carta de los diputados de Cataluña del

48. AGS, GA, leg. 2444, consulta del CG, 31/VII/1679. *Dietaris de la Generalitat de Catalunya, Anys 1674 a 1689*, vol. VIII (Barcelona: *Generalitat de Catalunya*, 2003), 361-362, anotación del 5/VIII/1679.

49. AGS, GA, leg. 2476, consultas del CG, 24-26/I/1680 y 11/II/1680. AGS, GA, leg. 2544, Bournonville a Carlos II, 2/III/1680.

50. AGS, GA, leg. 2544, consulta del CG, 15/III/1680. AGS, GA, leg. 2476, consulta del CG, 27/III/1680.

51. Ayats, *Louis XIV et les Pyrénées Catalanes*, pp. 838-839.

24 de junio de 1679 sobre la alarma causada por la edificación de Mont-Louis nada menos que el 27 de abril de 1680, cuando, además, el monarca se limitó a señalar su preocupación por el estado de Puigcerdà y la necesidad de reedificar sus defensas y añadió:

Se han remitido a este fin al duque de Bournonville, mi lugarteniente y capitán general, algunas cantidades de dinero, y se procurará en lo continuando como tanto importe, por lo que desseo la seguridad y deffensa de esse Principado en qualquier accidente de guerra⁵².

A partir de entonces la reivindicación de reedificar Puigcerdà se transformó en la punta de lanza de las peticiones de ayuda económica para la frontera catalana –y para el ejército de Cataluña–, pero con muy escasa fortuna. No hubo un informe o una consulta de los diversos Consejos –de Guerra, de Aragón– en los que no se hiciera mención expresa a la cuestión de la Cerdaña. El 22 de mayo de 1680, el Consejo de Guerra, como para obligar a la Real Hacienda, añadió en su consulta sobre las necesidades padecidas en el Principado, que no debería olvidarse Puigcerdà, «que es la llave y antemural más principal de la mejor y más fértil provinzia del Prinzipado [...]». Carlos II contestaría que se había dado orden de remitir 320.000 reales al virrey Bournonville. Pero a mediados de julio, incluso el proveedor general del ejército de Cataluña se quejaba de que no había víveres de reserva en las plazas, desertaban las tropas y las galeras de Francia se paseaban por la costa catalana inquietando a todo el mundo. El relevo lo tomaron los diputados de Cataluña, quienes volvieron a quejarse de la falta de actividad en las obras de Puigcerdà, asegurando que en aquellas circunstancias «el enemigo rota la paz [podría] llegar hasta Lérida sin oposición alguna y pasar a Aragón [...]». El Consejo de Guerra, al tratar la misiva, no tuvo más que añadir, pues ya hacía tiempo, señaló, que indicaba la necesidad urgente de reedificar Puigcerdà. Una vez más, el monarca se escudó en que «la estrechez de la Real Hacienda imposibilita el que se asista con la puntualidad y en las cantidades que conviniera [...]» el envío de dinero a Cataluña⁵³.

Sin descorazonarse, el Consejo de Guerra volvería a insistir en la necesidad de reedificar la plaza de la Cerdaña en base a terribles noticias sobre los planes de Luis XIV de atacar duramente el Principado, una posibilidad muy cierta de conseguir capturar toda aquella presa en una sola campaña a causa de

52. La carta real aparece en *Dietaris de la Generalitat de Catalunya, Anys 1674 a 1689*, vol. VIII. (Barcelona: *Generalitat de Catalunya*, 2003), 399-400, anotación del 4/V/1680.

53. ACA, CA, leg. 334, Carlos II al CA, 19/V/1680. AGS, GA, leg. 2477, consulta del CG, 22/V/1680. AGS, GA, leg. 2510, consulta del CG, 24/VII/1680. AGS, GA, leg. 2478, consultas del CG, 15-29/VII/1680.

ver desmantelada aquella frontera y no rețelar por allí opósito alguno en la empresa, mayormente habiendo hecho en aquel paraxe el Cristianesimo la fortaleza de Montlluís para asegurar su entrada en su país sin dejar embarazo considerable en la retaguardia para su retirada, y si viese fortificado a Puigçerdà se debe creer regularmente no le sería tan fácil la execución de lo que tiene ideado [...].

La respuesta de Carlos II fue muy desesperante, pues alegaba no haber tiempo hasta la primavera, inicio de una posible campaña, para levantar las defensas de Puigçerdà, que, por muy necesario que fuesen, debería laborarse en ellas desde los cimientos. Por ello, lo mejor sería emplear los medios que hubiese en mejorar las fortificaciones ya hechas, como las de Camprodón o Castellfollit, si bien se las dotaría de bastimentos, municiones y el suficiente número de hombres; además, el virrey debería investigar en la Cerdaña todas las posibles vías de invasión de los franceses para prevenirse de la mejor manera, y por ello sería conveniente mejorar asimismo Seo de Urgel dándole una mayor capacidad defensiva, al tiempo que se corregían también las deficiencias de Lérida y Flix, y se proveerían mejor las plazas del Ampurdán y la Marina. En definitiva, claramente se admitía levantar una segunda frontera militar en Cataluña, pues la reedificación de Puigçerdà se daba por imposible. El coste de todas aquellas mejoras se valoró en un millón de reales, y el monarca volvía a insistir a fines de enero de 1681 en reconocer «la gran importancia de acudir con la mayor promptitud a las fortificaciones, y assí se harán los esfuerzos posibles para remitir a este fin las más crecidas cantidades que se puidere [...]»⁵⁴.

En septiembre de 1681, el virrey Bournonville protagonizó una visita por la frontera catalana con ánimo de inspeccionar su estado. Tras reconocer la situación de Berga, Seo de Urgel⁵⁵, Montellà y Bellver, todas ellas plazas que debían vigilarse con detalle en caso de no reedificar Puigçerdà, decía el virrey:

En Puyçerdà se ha considerado todo, y si se quiere conservar lo que nos queda de Cerdania es forzoso formar una buena plaça de Puyçerdà, y aunque la fortificación vieja tenía grandes defectos en sus trabajos o flancos muy pequeños principalmente, será menester a mi parecer seguir los cimientos viejos para ganar tiempo y ahorrar gastos. Los trabajos pequeños se mejorarían después en doblándoles, quiero decir en haciendo flanco bajo y alto, y toda la plaça se mejoraría añadiendo un baluarte que faltaba y haciéndole grande, y con sus orejones y flancos altos y bajos, para tener en cada flanco alguna artillería,

54. AGS, GA, leg. 2543, consultas del CG, 8-24/I/1681.

55. En aquellos años, en el plano de Seo de Urgel levantado por Ambrosio Borsano se puede observar cómo se habían levantado cuatro bastiones, pero había que fabricar otros cuatro, que podían llegar a ser siete, de pequeño tamaño. También había que terminar toda la estrada cubierta del perímetro de la plaza. BN, ms. 12.683/21, «Planta del Asseu de Urgel», A. Borsano.

además había que abrir fosos, construir tres o cuatro revellines en la parte que miraba a la zona donde atacaron los franceses en su último sitio, formando también allá una buena contraescarpa. Eran necesarias, asimismo, algunas obras menores, como algunas torres de vigilancia sobre los barrancos cercanos a la plaza. Los planos de Puigcerdà los había trazado el ingeniero Ambrosio Borsano, cuartel maestro general en el ejército de Cataluña. Para empezar los trabajos, la villa cedería treinta hombres durante dos meses, mientras que la veguería estrecha de la Cerdeña aportaría sesenta y Llívia debería hacer lo propio con ocho o diez hombres, pagados si era posible, para que desde el 9 de septiembre y hasta el 9 de noviembre se empleasen en aquel trabajo, haciéndoles llegar desde Ripoll herramientas de gastadores del ejército de Cataluña almacenadas allá; asimismo, se les suministraría 10.000 reales de ardites para empezar los trabajos de una puerta y dar ánimo a los naturales a que se empleasen en aquel esfuerzo. Con todo, aseguraba el virrey que los ceretanos clamaban por que hubiese una fuerte guarnición en Puigcerdà, pero no sería posible tenerla si antes no se cerraba mejor aquella plaza. En su opinión, Carlos II debería procurar bloquear aquella frontera de la mejor forma posible, cubriendo Cataluña y Aragón, pues

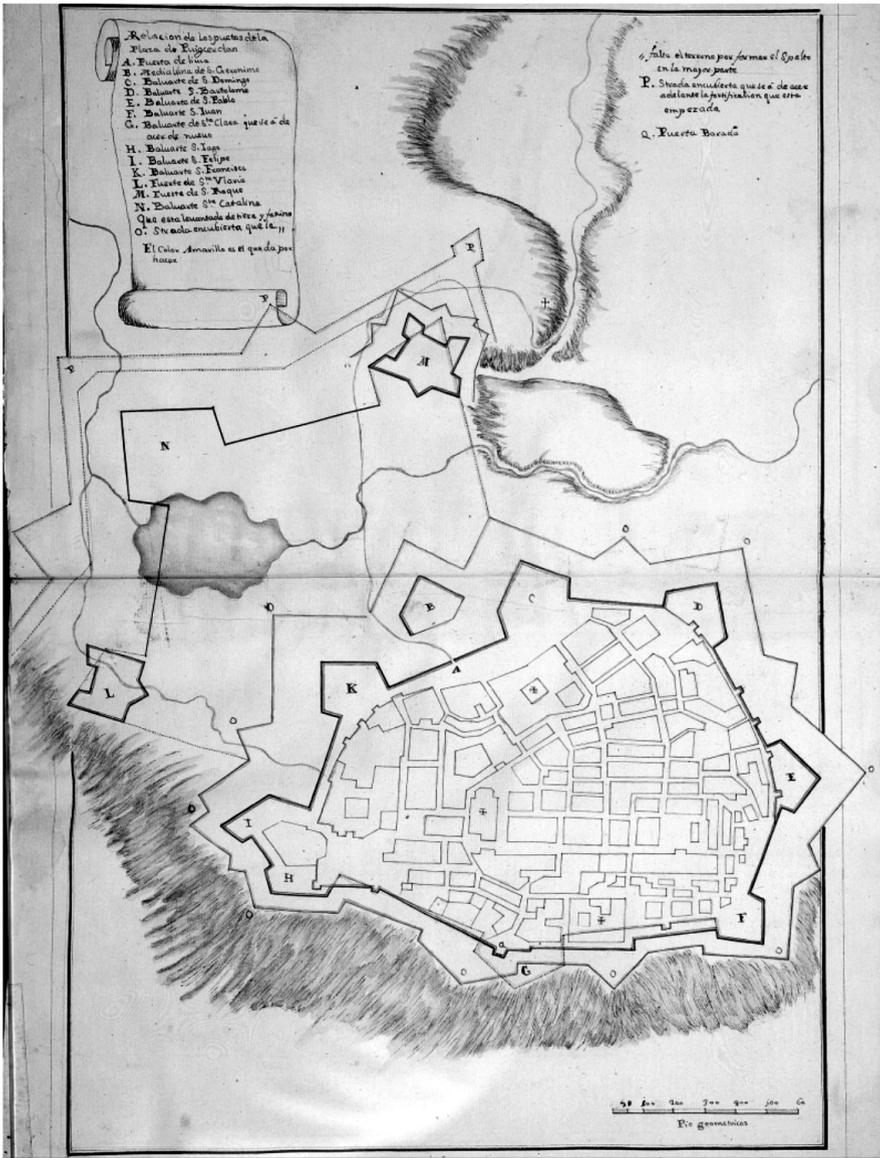
Aunque por tratado de conveniencia se volviese a España Perpiñán con el Rosellón, Conflente y lo que poseen franceses en Cerdania, sería forçoso tener Puycedrà fortificado contra la frontera de Francia, pues nunca dejarían ellos a Montlouis o, si lo dejasen, lo arrasarían, habiendo hecho camino carretero desde el condado de Foix y de Rosellón hasta Montlouis, y teniéndolo también de Montlouis a Puigcerdà, sería dejar toda España descubierta si no se restableciese Puigcerdà.

Prometía enviar las plantas correspondientes de aquellas plazas, pero insistía una vez más en que era necesario primero disponer de dinero para iniciar obras y no pararlas; también aseguraba que habría otra relación de Camprodón, Castellfollit, Cadaqués, Rosas y Gerona más adelante con las plantas correspondientes⁵⁶.

En los Consejos de Estado y Guerra se vieron todos aquellos informes, dividiéndose los votos entres quienes apostaban por la reedificación de Puigcerdà, la minoría a causa de su coste, y Seo de Urgel, la mayoría por defenderse mejor desde allá el camino hacia Lérida y Aragón. No obstante, el marqués de los Balbases, ya que el tiempo y el dinero a emplear en las obras era tan importante para todos los consejeros, recordó cómo el rey en múltiples consultas ya se había decidido por la fortificación de Puigcerdà y sólo faltaba encontrar los medios económicos adecuados⁵⁷.

56. ACA, CA, leg. 334, Bournonville a Izquierdo de Berbegal, secretario del CA, 10/IX/1681. AGS, GA, leg. 2547, consulta del CG, 17/XII/1681.

57. AGS, GA, leg. 2547, consulta del CG, 21/XII/1681. AGS, Estado, leg. 4130, consulta del CE, 28/XII/1681.



Plano de Puigcerdà, por Ambrosio Borsano, 1687. Biblioteca Nacional, Ms. 12.683.

Con todo, ante el coste excesivo que podía tener mejorar una posición como Seo de Urgel, se trató la posibilidad de levantar unas defensas en Montellà, mientras cundían las quejas en la Cerdaña hispana por las constantes correrías de los franceses allende sus fronteras. Para muchos, Francia buscaba iniciar una guerra, cuando, en realidad, para otros, como el duque de Osuna, ya se estaba en guerra con Luis XIV aunque aquella no se hubiese declarado. En el Consejo de Estado, el marqués de los Balbases expresó la necesidad de que los aliados de la Monarquía fuesen informados de los excesos de Francia en la Cerdaña, ya que si bien era consciente de que a aquellos les interesaba mucho más lo que ocurriese con Flandes, lo cierto es que había que recordarles el compromiso de ayudar en la guerra contra Francia estallase el conflicto por el frente que fuera. Por otro lado, y como también el Condestable había votado, Balbases se conformaba con que fuese el propio duque de Bournonville quien decidiese finalmente qué lugar se fortificaba, siempre que se le enviase el dinero oportuno. En cambio, Vicente Gonzaga discrepaba sobre la conveniencia de fortificar, fuese la plaza que fuese, si no se disponía de un ejército competente para defender el territorio –y la obra iniciada–, pues no se podía construir en épocas de guerra abierta. El conde de Oropesa también votó en el sentido de que no se fortificase Puigcerdà, pero ello no era óbice para impedir al virrey el envío de tropas a la Cerdaña a hacer cara a la guarnición de Montlluís, sobre todo para que la población no se sintiese abandonada. Don Baltasar de Urbina recordó en su voto que ni Montellà ni Seo de Urgel eran fortificaciones capaces de resistir una entrada de los franceses; así, la única solución, si realmente su designio era una invasión por aquellos parajes, era enviar todos los refuerzos posibles para mejorar la plaza de Lérida. El marqués de Osera abundó en esta última idea, descartando tanto Puigcerdà, como Seo de Urgel o Montellà, y recordando el papel jugado por Balaguer y su puente real sobre el Segre en la defensa de Lérida. Es decir volviendo la vista atrás cuarenta años, cuando Francia dominaba buena parte de Cataluña⁵⁸.

Mientras, Bournonville continuó porfiando sobre una solución para la indefensa Cerdaña y todo lo que ello implicaba. Insistía en que si bien estaba de acuerdo en la dificultad de fortificar Puigcerdà sin un ejército garante de la obra realizada, si no se fortificaba «se seguirá el abandonar todo el distrito de la Cerdaña», pero se conformaba con suspender las obras hasta no contar con todo el dinero necesario para edificarla de una sola vez. En cambio, por su situación en un lugar de mejor y más fácil defensa, si se invirtiera alguna cantidad en Montellà siempre se podría asistir desde dicha posición a la propia Cerdaña, así como se tendría el camino de Seo de Urgel cubierto y un alojamiento para

58. AGS, GA, leg. 2543, consulta del CG, 5/II/1682.

los *miquelets* que defendían aquellos parajes. Bournonville estaba dispuesto a abandonar también Montellà si no había dinero, pero era inadmisibles desamparar Seo de Urgel, porque ello significaba abandonar no sólo la montaña, sino todo el ámbito del río Segre, además de dejar el camino expedito hacia Cardona y Berga. Y sin ser fácil ni fortificar Seo de Urgel ni llevar hasta ella artillería de batir, por lo menos se podría permitir con una mejora de sus defensas que los naturales de la zona estuviesen a cubierto y pudiesen disputar con más brío el paso por aquellas montañas al enemigo⁵⁹.

A partir de verano de 1682, el virrey Bournonville volvería a centrar sus cuitas en la cuestión de las fortificaciones catalanas y, dentro de este negocio, en el futuro de Puigcerdà. Exagerando sin duda por lo que nosotros sabemos, pero quizá con el ánimo de estimular en la medida de lo posible a los consejeros de la corte madrileña, el virrey aseguraba en junio que Mont-Louis había significado el desembolso de cuatro millones de libras –sabemos que fueron entre 750.000 y 800.000– y disponía de 4.000 hombres de guarnición; sólo para llevar y mantener dicha cantidad de efectivos en Puigcerdà, sin pensar en sus obras de reedificación, se necesitaba un millón de reales de plata –cuando diversos expedientes solicitados para la capital de la Cerdaña no parecía ni que fueran a proporcionar 250.000 reales. El Consejo de Guerra sugirió que todos los arbitrios a disposición de Bournonville –el dinero llegado de Mallorca, 96.000 reales⁶⁰; un donativo de la lonja de Barcelona por valor de 46.783 reales; un donativo solicitado a los eclesiásticos catalanes, 33.000 libras de ardites; 160.000 reales procedentes de la Santa Cruzada de Cataluña; los residuos de los donativos voluntarios que en las dos últimas décadas había hecho Cataluña– se juntasen a los 400.000 reales de plata que hacía ya tanto tiempo se habían prometido para Puigcerdà y dar comienzo a una obra tan importante. En todo caso, apuntaban, el virrey no debería gastar los caudales destinados a Puigcerdà en ninguna otra plaza, y menos si se trataba de donativos solicitados para tal efecto y no otro. Señalaba esto último el Consejo por la insinuación de Bournonville de gastar 56.000 reales en la mejora de la plaza de Palamós, a la que consideraba tan importante como Puigcerdà, pues si se perdía y los franceses desembarcan tropas allá quedaban cortadas Rosas, Gerona y Cadaqués –una situación absolutamente factible. El razonamiento del virrey incidía en que el dinero de Mallorca, o parte del mismo, y los caudales que entregasen los eclesiásticos en forma de donativo, apenas si servirían para comenzar una obra tan enorme como la de Puigcerdà

59. AGS, GA, leg. 2544, Bournonville a López de Zárate, secretario del CG, 21/II/1682.

60. Las negociaciones para el envío del aquel dinero en ACA, CA, leg. 985, Carlos II al CA, 12/I/1682; informe del CA, 27/I/1682; virrey Sentmenat al CA, 10/III/1682; consulta del CA, 8/IV/1682; CA a Carlos II, 4/V/1682; Carlos II a los *jurats* de Mallorca, 31/VIII/1682. ACA, CA, leg. 964, virrey Sentmenat a Carlos II, 29/X/1682.

sin que apenas se notase algo, cuando en cambio podían lucir mucho más para arreglar otra plaza de interés estratégico como era Palamós⁶¹.

Todavía en noviembre de 1682 Bournonville pugnaba por su idea de reforzar Palamós a costa de la reedificación de Puigcerdà, una obra que veía ya como un imposible. Su razonamiento era impecable: «es cosa extraña querer perder lo que tenemos para fortificar lo que no podremos», y a continuación señalaba:

de qué nos servirá si perdemos a Palamós, y qué [h]ará entonces Barzelona misma, que es menester desengañarse, que Puigcerdà no se puede fortificar con menos de 300.000 escudos, ni guarnecerse de cañones, valas y demás muniziones con menos que otros 100.000, y que en mucho tiempo no se podrá juntar este dinero [...];

ello sin contar con que se necesitarían tres años al menos para hacer las obras, siempre que los franceses desde Mont-Louis no lo impidieran, una circunstancia que obligaría a tener permanentes en la plaza unos tres mil infantes y doscientos cincuenta caballos, cuando nunca se habían enviado medios para mantener ni la mitad de la gente precisa para las guarniciones en Cataluña, y cuando sólo Barcelona necesitaba otros cuatro mil infantes. Bournonville llegó a insinuar que presentaría su dimisión tras alegar que jamás había perdido plaza alguna de las encomendadas a lo largo de su carrera y que no soportaba que después de tantos años, y por falta de dinero y no por desidia, le fuese a suceder en Cataluña. Ante las palabras del virrey, el Consejo de Guerra volvía a argumentar en su línea de siempre: se deberían proveer 400.000 reales para Puigcerdà, además del dinero obtenido por otras vías, sin descuidar otros 196.000 reales para las restantes fortificaciones catalanas. Eso sí, los ingenieros deberían planificar, en el caso de la capital de la Cerdaña, una plaza de reducidas dimensiones, capaz de ser defendida por una guarnición de unos mil quinientos hombres. Una política estratégicamente insostenible, pues solo era factible edificar una plaza capaz de hacer sombra a Mont-Louis —es decir, algo que para Bournonville era un imposible. El Consejo de Guerra se dividió entre partidarios de la idea de Bournonville y los detractores de la misma —los más empecinados en ello fueron don Melchor Portocarrero y don Juan Baltasar de Urbina—, pero destacó en su voto el marqués de Osera, quien, haciendo gala de disponer de un criterio más elaborado, recordó que Puigcerdà no cerraba en realidad bien el territorio, y necesitaría de una guarnición enorme, cuando el ejército de Cataluña no estaba en disposición de ceder demasiados hombres; además, y como hiciese el marqués de Mortara en las campañas de 1655 y 1656, quien atacó a los franceses cuando

61. ACA, CA, leg. 444, Bournonville al secretario del CA, 13/VI/1682. AGS, GA, leg. 2545, consulta del CG, 29/VII/1682. AGS, GA, leg. 2547, consultas del CG, 15/X/1682 y 9/XI/1682. ACA, CA, leg. 235/6, borrador de consulta del CA, 9/XI/1682.

estos disponían de Puigcerdà, merced a dejar parte de sus tropas vigilando la plaza, Osera creía que por entonces se podría intentar algo parecido: buscar al contrario partiendo de la base de que Puigcerdà permanecería como una villa abierta “por la imposibilidad de fortificarla, guarnecerla y mantenerla [...]”⁶²: lo ideal era buscar un puesto capaz para ciento cincuenta infantes y veinticinco caballos que pudiera defender el paso desde Ripoll a Seo de Urgel, dejando al virrey la elección del lugar, además de permitirle que gastase el poco dinero disponible en las fortificaciones que estimase oportunas⁶². En el fondo, no era esta una estrategia defensiva, sino una estrategia de la miseria.

Tras nuevas deliberaciones tenidas en primavera de 1683, Carlos II escribió al Consejo de Guerra para que ordenase al virrey Bournonville que evaluase cuándo podría comenzar la fortificación de Puigcerdà, con qué medios contaría de los que cediese la Provincia y cuánto costarían las obras, mientras que el Consejo de Aragón tendría como propósito averiguar el número de gastadores y bagajes con el que podría servir Cataluña para las obras de Puigcerdà, y por cuánto tiempo podrían prestarlo; asimismo, se trataría de pensar en una posible fortificación de Llívia, y en el ínterin el duque de Bournonville debería prestar atención a la fortificación de Seo de Urgel para cerrar por allá los puestos de montaña, mientras que tampoco se olvidaría la defensa del puente de Balaguer para “no dexar un puente tan real sobre el Segre al arbitrio de los enemigos”⁶³. Como se puede colegir, demasiados encargos para tan poco dinero como con el que se podía contar.

Por otro lado, ya en mayo, el virrey de Cataluña señalaba a Carlos II:

Lo más principal y dificultoso es hallar gente bastante para guarnecer a Puigcerdan y tener con qué pagarla bien, pues de otra manera es perderla en pocos días y dar motivo a lo soldados para pasarse a Francia, con que no solo para la guarnición de dicha plaza, pero para conservar la demás gente de guerra de Cataluña es menester antes de todo asegurar un asiento fixo y bastante de mesadas para su pagamento y el de la máquina de entretenidos y sobresueldos de que se va cargando cada día más la pagaduría de este ejército⁶⁴.

Es más, al poco Bournonville descubriría sus cartas: más que empezar obra nueva, lo ideal sería poner en mejor defensa plazas como Lérida, Tarragona, Cardona, Berga, Gerona, Rosas, Camprodón y Cadaqués, y en especial Rosas y Cadaqués. Y reflexionaba –no sin un cierto sentido–: «y es extraño que más

62. AGS, GA, leg. 2547, consulta del CG, 21/XI/1682.

63. AGS, Estado, leg. 4132, consulta del CE, 21/I/1683. AGS, GA, leg. 2613, Junta para la fortificación de la frontera catalana, 1/II/1683.

64. ACA, CA, leg. 333, Real Decreto, Aranjuez, 22/IV/1683. ACA, CA, leg. 240/44, Bournonville a Carlos II, 8/V/1683.

caso se haga de las plazas de la montaña que las marítimas de mucha mayor importancia contra que el enemigo [es] fuerte por mar»⁶⁵. Pero cualquier intento de encauzar la situación, aunque fuese sobre el papel, se estrellaba muy pronto. En julio de 1683, un nuevo informe llegado al Consejo de Guerra advertía que las obras necesarias para poner Gerona, Rosas y Cadaqués en la mejor defensa posible costarían 2.250.000 reales de plata, y con dicha cantidad se podría hacer la de «Puyzerdá, que es la más importante en el sentir del Consejo», y se le solicitó al monarca que valorase definitivamente si se reedificaba Puigcerdà o no⁶⁶. Para entonces, ya hacía cinco años de la destrucción de las defensas de la capital de la Cerdaña. Y lo peor estaba por llegar: una nueva guerra en el horizonte. La guerra de Luxemburgo.

CONCLUSIONES

¿Estuvo la Monarquía Hispánica a la altura de las circunstancias en lo que se refiere a la defensa de la nueva frontera establecida en Cataluña a partir de 1659? Tras la firma del tratado de los Pirineos, y a pesar de la importancia manifiesta que tenía la plaza de Puigcerdà para la Monarquía Hispánica, y si bien se acudió con ciertas cantidades de dinero para su arreglo, el caso es que las fortificaciones de la capital de la Cerdaña jamás estuvieron en condiciones de una buena y perfecta defensa, según los cánones de la época, en el periodo analizado. Con todo, el nivel de los trabajos realizados fue notorio teniendo en cuenta el estado de las murallas tras ser derruidas en 1657. Todavía a la altura de 1672-1673, cuando comenzó la guerra de Holanda, la fortificación no solo no estaba terminada—faltaban casi todas las defensas exteriores y algunos elementos importantes, como una tenaza—, sino que carecía de artillería suficiente, así como de pertrechos de guerra y demás suministros. Por otro lado, aunque el virrey Sessa hizo un esfuerzo notable al final de su mandato, la guarnición de la plaza tampoco alcanzó nunca un nivel óptimo ni a nivel cuantitativo ni a nivel cualitativo. De hecho, una de las características de Puigcerdà, su enorme circuito de murallas con nueve baluartes y dos hornabeques—cuando hubo planes iniciales de solo cinco o seis baluartes—, se transformó en un gran problema, pues necesitaba de una cantidad de tropas de guarnición notable que el ejército de Cataluña, bajo mínimos aquellos años, fue incapaz de ofrecer. Tampoco llegaron las reclutas solicitadas. Y, con todo, la falta de inversiones por parte de Luis XIV en las defensas del Rosellón y el Conflent hasta 1668-1669 hizo que el duque de Osuna llegara a inquietar la nueva frontera en la campaña de 1667, en el transcurso de

65. ACA, CA, leg. 333, Bournonville a Carlos II, 8/V/1683.

66. AGS, GA, leg. 2613, consulta del CG, 14/VII/1683.

la guerra de Devolución. Así, este conflicto sirvió para advertir a los franceses que con una Puigcerdà en un mínimo estado defensivo, en realidad la frontera hispana se expandía hasta abarcar de nuevo toda la Cerdaña, incluida, pues, la francesa, y adelantaba posiciones hasta el Conflent, poniendo en peligro la plaza de Vilafranca. Posteriormente, la brillante campaña del virrey San Germán de 1674, con su conquista de Bellaguarda, que permitía atacar territorio galo por la Cerdaña y por el Ampurdán al mismo tiempo, hizo entender a Luis XIV que si quería utilizar el frente del Rosellón para desgastar a la Monarquía Hispánica, y evitar el envío de sus escasos medios de guerra a los frentes del norte de Italia y de Flandes, debía ser más activo en el mismo. Por ello, los franceses no sólo recuperaron Bellaguarda en 1675, sino que sitiaron y ocuparon Puigcerdà en 1678, último año de la guerra de Holanda. Que la devolviesen con sus defensas arrasadas por la paz de Nimega de dicho año demostró que Francia había aprendido la lección. Dicha política se mantuvo con la construcción de la plaza de Mont-Louis entre 1679 y 1682, que cerraría el territorio galo a cualquier incursión desde la Cerdaña hispana. Desde entonces, sería Francia quien invadiese siempre Cataluña sin oposición tanto por el Ampurdán como por la Cerdaña. Es lo que ocurriría en las campañas de 1684 y, de nuevo, entre 1689 y 1697. Así, y en definitiva, los años transcurridos entre 1659 y 1672 fueron una oportunidad perdida de mejorar la posición estratégica hispana en el Pirineo. Es más, la debilidad hispana por Cataluña hizo de este un frente muy importante para Luis XIV en el futuro, pues sabía que por allí difícilmente perdería militarmente hablando. Casi la misma historia se repetiría entre 1678 y 1683 cuando, ante la construcción de Mont-Louis, las autoridades hispanas apenas si pudieron ofrecer algunos planes, siempre vagos, de reconstrucción de Puigcerdà. Menudearon los informes, como se ha visto, pero nunca se dio la concreción económica necesaria como para realizar tales obras. Puigcerdà no fue reconstruida.

BIBLIOGRAFÍA

- Ayats, Alain. *Louis XIV et les Pyrénées Catalanes de 1659 à 1681. Frontière politique et frontières militaires*. Canet: Trabucaire, 2002.
- Blanchard, Anne. *Vauban*. París: Fayard, 1996.
- Carmona, A. *Ceuta española en el Antiguo Régimen (1640-1800)*. Ceuta: Consejería de Cultura, 1996.
- Cénat, J.-Ph., *Le roi stratège. Louis XIV et la direction de la guerre, 1661-1715*. Rennes: PUR, 2010.
- Contreras Gay, J. “La guarnición militar de la Alhambra en el siglo XVII”. *Anuario de Historia Moderna y Contemporánea*, no. 7 (1980): 7-29.
- Echevarría, Miguel Ángel. “El ejército de Flandes en la etapa final del régimen español (1659-1713)”. En Enrique García Hernán y Davide Maffi (eds.),

- Guerra y Sociedad en la Monarquía Hispánica: política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*, vol. I. Madrid: CSIC/Mapfre/ed. Laberinto, 2006.
- Espino, Antonio. *Guerra, Fisco y Fueros. La defensa de la Corona de Aragón en tiempos de Carlos II, 1665-1700*. Valencia: PUV, 2007.
- “El declinar militar hispánico durante el reinado de Carlos II”. *Studia Histórica. Historia Moderna*, no. 20 (1999): 173-198.
- *Las guerras de Cataluña. El teatro de Marte, 1652-1714*. Madrid: Edaf, 2014.
- Feliu de la Peña, Narcís. *Anales de Catalunya*, tomo III. Barcelona: Piferrer, 1709.
- González, A. F. *Instituciones y sociedad guipuzcoanas en los comienzos del centralismo (1680-1730)*. Zarautz: Diputación provincial, 1995.
- Jané, Óscar. *Catalunya i França al segle XVII. Identitats, contraidentitats i ideologies a l'època moderna (1640-1700)*. Catarroja-Barcelona: Afers, 2006.
- Jiménez Estrella, Antonio. “Linajes y alcaldes en el Reino de Granada bajo las Austrias. ¿Servicio militar o fuentes de enriquecimiento y honores?”. En Antonio Jiménez y Francisco Andújar (eds.), *Los nervios de la guerra. Estudios sociales sobre el ejército de la Monarquía Hispánica (ss. XVI-XVIII): Nuevas perspectivas*. Granada: Comares, 2007.
- Lynn, John. *Giant of the Grand Siècle. The French Army, 1610-1715*. Cambridge: CUP, 1998.
- *The Wars of Louis XIV (1667-1714)*. Londres: Routledge, 1999.
- Maffi, D. *La cittadella in armi. Esercito, società e finanza nella Lombardia di Carlo II 1660-1700: Esercito, società e finanza nella Lombardia di Carlo II 1660-1700*. Milán: F. Angeli, 2010.
- Marcet, Alicia, «La résistance catalane au landemain de l'annexion de 1659». En VV. AA. *Mouvements populaires et Conscience sociale, XVI-XIXe. Siècles*. París: Maloine, 1985.
- Martitena, J. J. “Las murallas de Pamplona. Cuatro siglos de historia de la fortificación”, en VV. AA., *Fortificaciones de Pamplona. Pasado, presente y futuro*. Pamplona: Ayuntamiento, 2011.
- Mira, Esteban. “Defensa terrestre de los reinos de Indias”. En VV. AA., *Historia Militar de España. Edad Moderna. I. Ultramar y la Marina*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2013.
- Rodríguez Puget, J. “Historia de Melilla a través de sus fortificaciones”. En *III Jornadas de Historia Militar. Melilla en la Historia Militar Española*. Madrid: CESEDEN, 1996.
- Rowlands, G. *The Dynastic State and the Army under Louis XIV. Royal Service and Private Interest, 1661-1701*. Cambridge: CUP, 2002.
- Saavedra, María del Carmen. “La defensa peninsular en tiempos de Carlos II: la experiencia gallega”. En M.ª del C. Saavedra (edit.), *La decadencia de la Monarquía Hispánica en el siglo XVII. Viejas imágenes y nuevas aportaciones*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2016.

- Sanabre, Josep. *La acción de Francia en Cataluña en la pugna por la hegemonía de Europa, 1640-1659*. Barcelona: Seminario Conciliar, 1956.
- Sánchez Rubio, Carlos; Sánchez Rubio, Rocío y Testón, Isabel. *El Atlas Medici de Lorenzo Possi, 1687. 'Piante d'Estremadura e di Catalogna'*. Badajoz: 4gatos, 2014.
- *Resistència del Rosselló a incorporar-se a França*. Perpiñán: Trabucaire, 1985.
- *El tractat dels Pirineus i la mutilació de Catalunya*. Barcelona: Premsa catalana, 1989.
- Satterfield, G. *Princes, Posts and Partisans. The Army of Louis XIV and Partisan Warfare in the Netherlands (1673-1678)*. Leiden: Brill, 2003.
- Storrs, Christopher. *La resistencia de la Monarquía Hispánica, 1665-1700*. San Sebastián de los Reyes: Actas, 2013.
- Thompson, I. A. A. “El declive de España y sus relaciones internacionales: percepciones y política a finales del siglo XVII”. En Sanz Camañes, P. (ed.), *Tiempo de Cambios. Guerra, diplomacia y política internacional de la Monarquía Hispánica (1648-1700)*. San Sebastián de los Reyes: Actas, 2012.
- Usunáriz, José María. “Soldados, sociedad y política en un reino de frontera: Navarra siglos XVI y XVII”. *Iura Vasconiae*, no. 4 (2007): 285-325.
- Weber, D. J. *La frontera española en América del Norte*. México D.F.: FCE, 2000.